

Hilvanar la trama: sistematización sentipensante de una intervención profesional con varones que ejercieron violencia de género.

Ferreyra Alan Nicolina y Rodríguez María Alejandra.

Cita:

Ferreyra Alan Nicolina y Rodríguez María Alejandra (2025). *Hilvanar la trama: sistematización sentipensante de una intervención profesional con varones que ejercieron violencia de género. Segundo Congreso Latinoamericano de Trabajo Social de la UNVM. Universidad Nacional de Villa María, Villa María.*

Dirección estable:

<https://www.aacademica.org/segundo.congreso.latinoamericano.de.trabajo.social.de.la.unvm/34>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecAo/n4D>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

Hilvanar la trama: sistematización sentipensante de una intervención profesional con varones que ejercieron violencia de género

Autores: Lic. Ferreyra Alan Nicolina

Mgter. Rodríguez María Alejandra

Dirección: Municipalidad de Villa María, Centro Integral de Varones.

Mendoza 899 (esquina Antonio Sobral), Villa María, Córdoba.

Correo: centrovaronesmvm@gmail.com

Palabras claves: masculinidades, interseccionalidad, violencia.

“El cambio viene con el trabajo en los varones” (Segato, 2020)

Umbral: sentido y trayecto de una experiencia en construcción

La sistematización, entendida como proceso político y epistemológico, se inscribe en la rica tradición de un Trabajo Social crítico que asume la práctica como fuente legítima de producción de conocimiento (Mallardi, 2014; Oliva & Mallardi, 2012). Lejos de ser una tarea meramente técnica o administrativa, sistematizar implica interpretar los sentidos de la intervención, interrogar los supuestos que la orientan y hacer visibles las tensiones, obstáculos y hallazgos que la experiencia revela. En este marco, la sistematización no solo aporta a la mejora de las estrategias de acción, sino que también construye saberes situados que pueden nutrir otras prácticas, disputar sentidos en el campo de las políticas públicas y fortalecer los procesos de formación profesional.

La presente sistematización recoge la experiencia del equipo interdisciplinario del Centro Integral de Varones (en adelante CIV) de la Municipalidad de Villa María y constituye una oportunidad para visibilizar las decisiones metodológicas, las tensiones institucionales y las apuestas pedagógicas que dan forma a la intervención. En tanto práctica reflexiva, este informe busca generar un conocimiento situado, no replicable de manera mecánica, sino orientador de nuevas prácticas, considerando cada escenario de intervención. Entendidos estos escenarios como configuraciones complejas de relaciones sociales e

institucionales, atravesadas por conflictos, tensiones y disputas de sentido. (Carballeda, 2002). La experiencia del CIV, en tanto experiencia situada, se constituye como un insumo valioso para pensar cómo intervenir en otros escenarios donde las violencias de género adquieren formas diversas: contextos escolares, instituciones de encierro, territorios comunitarios o espacios laborales.

Asumir el escenario como categoría analítica implica reconocer que las prácticas no son neutras, sino que se inscriben en lógicas de poder que deben ser desnaturalizadas para abrir lugar a procesos de transformación. Sistematizar es mucho más que describir lo hecho: es animarse a volver sobre la experiencia con ojos críticos y sensibles, con el corazón dispuesto y el pensamiento atento. Este escrito nace del deseo -y de la necesidad- de comprender el alcance de nuestra intervención profesional en el CIV, desde una perspectiva que articule teoría y práctica, saber técnico y saber encarnado, datos duros y relatos vividos.

Nuestro trabajo cotidiano nos enfrenta a escenas complejas, cargadas de historias de vida que interpelan. Por ello, escuchar a un varón quebrarse por primera vez frente a su historia de violencia, leer en sus silencios la herencia de vínculos rotos o ver emerger el desconcierto ante una pregunta que nunca antes se había hecho, nos recuerda que cada encuentro es una oportunidad de transformación. En ese contexto, la sistematización que aquí presentamos está atravesada por lo que Orlando Fals Borda (1985) llamaría un ejercicio "sentipensante": pensar con el sentir, actuar con el pensar, escribir con memoria.

Este documento se organiza en ocho apartados. En primer lugar, se presentan los antecedentes institucionales y el marco político de surgimiento del proyecto. A continuación, se describe la arquitectura del dispositivo y se analizan los sentidos que asumen tanto las entrevistas de admisión como los grupos de reflexión. Luego, se profundiza en la fundamentación teórica, los objetivos y propósitos que orientan la propuesta, así como en el enfoque metodológico adoptado y las dimensiones centrales del abordaje. En los apartados finales, se interpreta la información producida a partir del registro sistemático del dispositivo, y se ofrecen algunas claves para pensar los desafíos y proyecciones desde la mirada del Trabajo Social.

Este trabajo, como ejercicio, busca ser una escritura con otros. Es decir, una lectura colectiva de la práctica, que intenta reconstruir no sólo lo realizado, sino también las formas en que nos transformamos al hacerlo.

Antecedentes que nos preceden: tramas institucionales y decisiones políticas

El Centro Integral de Varones de la Municipalidad de Villa María, depende de la Secretaría de Desarrollo Humano y Territorio, y surge como continuidad y profundización de antecedentes locales e institucionales que desde 2007 ensayaban abordajes con varones que ejercieron violencia, interrumpidos en el tiempo. El nombre elegido por entonces fue Centro de Estudios sobre Violencia Familiar, espacio que funcionó durante tres años, ampliando las posibilidades de intervención del Centro Municipal de Asistencia a la Víctima del Delito, inaugurado en el año 1992, a los varones del grupo familiar.

En el dispositivo actual, su formulación sigue la metodología del marco lógico y se nutre de la experiencia provincial del Centro Integral de Varones de Córdoba Capital. El proyecto articula un enfoque interdisciplinar, integral, interinstitucional e intersectorial: salud, justicia, adicciones, derechos humanos y organizaciones comunitarias, entre otros.

Arquitectura del dispositivo: estructuras, prácticas y recorridos

El dispositivo de intervención del CIV está estructurado en componentes articulados entre sí, que permiten un abordaje integral, sostenido y contextualizado de las violencias ejercidas por varones. Cada componente responde a una función específica dentro del itinerario de intervención, permitiendo una entrada diagnóstica, un tránsito reflexivo, una articulación comunitaria y una estrategia de cuidado.

- **Entrevistas de admisión:** Son realizadas por un equipo interdisciplinario y constituyen el primer acercamiento con el varón. No solo cumplen una función diagnóstica -detectando riesgos, padecimientos, consumos, redes y características vinculares-, sino que también habilitan una lectura situada del ingreso, reconociendo las particularidades de la historia de vida, las condiciones sociales y las motivaciones explícitas o implícitas de su participación en el proceso, transformándose por eso en un dispositivo en sí mismo. El instrumento utilizado está construido a partir de los aportes de instrumentos de detección de riesgo como el SARA y el HCR-20, utilizado por el Centro Integral de Varones de Córdoba.

- **Grupos de reflexión:** Constituyen el núcleo del abordaje psico socio educativo. Se desarrollan ciclos de dieciséis encuentros semanales, donde se trabaja desde una lógica de co-construcción del conocimiento, explorando los

sentidos de la violencia, el poder, las emociones y los vínculos. Estos grupos están diseñados a partir de los fundamentos del modelo de intervención grupal de Garda Salas y Bolaño Ceballos (2012), y se sostienen en la tradición pedagógica de Paulo Freire (1970), que entiende al diálogo como estrategia de transformación subjetiva y crítica.

- **Círculos de igualdad:** Constituyen el componente preventivo-comunitario del dispositivo. Se despliegan en instituciones educativas, clubes, espacios culturales o territoriales, promoviendo la reflexión crítica sobre los mandatos de la masculinidad hegemónica, habilitando espacios para el fortalecimiento de herramientas de conciencia y regulación emocional, la promoción de vínculos igualitarios y formas no violentas de ser varón.
- **Línea de cuidado en salud integral:** A partir del reconocimiento de que los varones suelen llegar tarde a los servicios de salud, se propone una estrategia de cuidado activa, que contempla un taller sobre salud física, emocional y sexual, chequeos médicos, vacunación y articulación con dispositivos de salud mental. Se parte de la idea de que cuidar el cuerpo y pedir ayuda son actos de reparación subjetiva y ruptura con los mandatos patriarcales de autosuficiencia.
- **Dispositivo en contexto de encierro:** Este componente, en proceso de construcción, busca intervenir en la Unidad Penitenciaria N° 5 con varones privados de libertad por causas vinculadas a violencia de género. Se trabajará en articulación con los equipos técnicos del servicio penitenciario y se orientará a la construcción de herramientas reflexivas y emocionales que interpelen la lógica del castigo, promoviendo la responsabilización y la elaboración simbólica del daño causado.

En su conjunto, esta arquitectura de dispositivos articula la intervención individual, grupal, institucional y comunitaria, reconociendo que los procesos de cambio subjetivo requieren condiciones institucionales sostenidas, posicionamientos éticos claros y estrategias de acompañamiento.

El nudo del conflicto: pensar las masculinidades desde sus bordes

La intervención se sostiene en el reconocimiento de la violencia de género como una construcción sociocultural anclada en mandatos patriarcales y en el reconocimiento de que las masculinidades tradicionales, lejos de ser homogéneas, se conforman y reproducen en contextos de desigualdad estructural. Connell (1995); Rubin, G (1986), Segato, R (2016) nos permiten problematizar la construcción histórica de la masculinidad hegemónica como un dispositivo de poder que legitima situaciones de violencia con niñas, mujeres, LGBTIQNB+ y otros varones subordinados.

Además, se incorpora el enfoque **interseccional** (Crenshaw, 1991; Pérez, 2021) para visibilizar cómo la clase, etnia, la edad y otros ejes de diferenciación estructuran las trayectorias de los varones en situación de violencia. Esta perspectiva permite desnaturalizar la idea de "varón violento" como una identidad fija o esencial, y habilita la comprensión de la masculinidad como una construcción dinámica y situada, con márgenes de transformación. Como equipo de intervención, reconocemos que la **interseccionalidad** no solo es una herramienta analítica para comprender las trayectorias de las masculinidades en situación de violencia, sino también una clave para interpretar las formas en que el patriarcado impacta también en sus cuerpos y vidas.

En Argentina, los datos epidemiológicos muestran que los varones mueren con mayor frecuencia por causas externas. Entre los 18 y los 35 años, estas son la principal causa de muerte, lo que refleja una problemática que va más allá de lo individual y pone en juego factores sociales y culturales. Estos quedan muchas veces expuestos a contextos de violencia letal, vinculados a disputas territoriales, de sentidos, conflictos interpersonales y dinámicas de poder que refuerzan estereotipos de virilidad y dominio. Por eso nos preguntamos sobre cómo el ser socializado en modelos que desalientan la expresión emocional y la búsqueda de ayuda, consecuencias de los mandatos de masculinidad hegemónica, impacta de forma desproporcionada sobre las masculinidades y transforma, como sostiene Segato, R (2018) a los varones también en víctimas del patriarcado.

Las estadísticas son claras, son las masculinidades las principales víctimas de homicidios y suicidios. La Dirección de Estadística Criminal del Ministerio de Seguridad de la Nación (2025) revela que en el año 2024 murieron víctimas de homicidios culposos un total de 1490 varones, sobre 317 mujeres que fueron asesinadas en el mismo período de tiempo: el 82,6 % varones, contra el 17,4% de mujeres. Para el caso de los suicidios, en el año 2023 se suicidaron 3273 varones de un total de 4197 suicidios registrados en el país, es

decir que el 77,98 % fueron varones.^{1[1]} Informándose que en los últimos siete años el 78,7 % de las muertes por suicidio fueron de varones y que en el 2023 el 38,6% se presentaron en la franja etaria de entre 20 y 34 años. Estas estadísticas nos interpelan como profesionales del Trabajo Social a repensar nuestras intervenciones desde una perspectiva que reconozca las múltiples opresiones que atraviesan a los varones, especialmente aquellos que han sido socializados en entornos de violencia, pobreza y exclusión. La interseccionalidad nos permite comprender que las masculinidades no son homogéneas y que es necesario abordar las particularidades de cada trayectoria para promover procesos de responsabilización y transformación subjetiva.

Las narrativas recogidas en la primera entrevista y en los grupos de reflexión del CIV muestran que muchos varones han sido socializados en entornos de violencia, pobreza, criminalización y desamparo institucional, lo que complejiza sus formas de vinculación y su modo de habitar lo masculino. Esto obliga a pensar las fronteras de la masculinidad no sólo como límites, sino como zonas de ambigüedad y conflicto donde es posible intervenir.

En este sentido, el dispositivo del CIV se propone como un espacio donde los varones puedan cuestionar los mandatos patriarcales que han internalizado, reconociendo las consecuencias que estos tienen en sus vidas y en las de quienes los rodean. A través de un enfoque interseccional y crítico, buscamos fomentar masculinidades más equitativas, empáticas y comprometidas con la erradicación de las violencias de género.

Así, repensar las masculinidades desde sus márgenes supone una apuesta por afinar el oído ante lo que desentona del guion hegemónico, por reconocer las grietas en los relatos que se dan por ciertos y, desde allí, gestar procesos de responsabilización y reapropiación subjetiva. La intervención en el CIV deviene entonces un umbral de interrogación constante, un territorio donde se tensionan los sentidos y se esboza, entre pliegues y resistencias, la posibilidad de una masculinidad menos violenta, más justa, más humana.

Horizontes de cambio: intenciones y transformaciones buscadas

¹ La misma fuente revela que en el 2024 ese número creció a 4249 defunciones, aunque no se discrimina por género y edad dicho número.

Como equipo profesional que pudo pensar este dispositivo de intervención, nos propusimos que su finalidad fuera la de *contribuir a la construcción de una sociedad libre de violencias por motivos de género, promoviendo procesos de responsabilización subjetiva y transformación de los vínculos interpersonales, institucionales y comunitarios*. Asimismo, el documento inicial de la programación de nuestro quehacer se proponía como propósitos específicos que orientan nuestra práctica:

Impulsar procesos psicosociales de toma de conciencia, reflexión crítica y desnaturalización de prácticas y discursos violentos por parte de los varones; Fomentar el reconocimiento de la responsabilidad personal en los hechos de violencia ejercida, como condición para el cambio; Disminuir la reincidencia a través de la intervención grupal sostenida, articulada con otros dispositivos institucionales; Garantizar el acceso de los varones a estrategias integrales de cuidado de la salud física, mental y emocional y; Promover acciones de prevención comunitaria y territorial que interpelen los mandatos de la masculinidad hegemónica. (Ferreira, N., Rodríguez, M., 2024, pp. 17-18).

Cartografías posibles: fundamentos para una intervención situada

La intervención que aquí se sistematiza reconoce que no existe una única vía de acción profesional, sino una multiplicidad de caminos posibles, contruidos desde una lectura situada del escenario. Esta cartografía de intervención se sustenta en un enfoque psico socio educativo e interseccional, con perspectiva de derechos humanos, salud comunitaria y pedagogía crítica, en tensión con el papel que como profesionales del Trabajo Social tenemos en la definición de políticas públicas a nivel territorial. Los caminos se van trazando a medida que se recorre el territorio social, identificando tensiones, intersticios, alianzas y resistencias.

La planificación estratégica situacional (Matus, 1987) permite comprender la intervención como un proceso en movimiento, donde el diagnóstico y la acción se retroalimentan permanentemente. A su vez, el modelo multidimensional de Garda Salas y Bolaño Ceballos (2012) orienta el trabajo con varones desde una mirada integral, abordando lo cognitivo, lo afectivo, lo vincular, lo corporal y lo contextual.

La experiencia se nutre de los aportes de la educación popular de Freire, P (1970), lo que se manifiesta en la metodología participativa que estructura los grupos de reflexión, privilegiando la circularidad de la palabra, la horizontalidad y la problematización colectiva.

La noción de intervención situada (Vygotsky, 1986; Carballada, 2023) nos recuerda que cada varón trae consigo una historia singular, entrelazada con las tramas comunitarias, institucionales y culturales que lo atraviesan.

Así, la intervención se despliega como un mapa en construcción, que reconoce la complejidad del fenómeno, se adapta a la particularidad de cada sujeto y cada grupo, y se tensiona con los condicionamientos estructurales que limitan las posibilidades de transformación. Esta cartografía no es neutra: se trata de un posicionamiento ético-político que orienta el hacer profesional hacia la justicia social y la equidad de género.

Esta perspectiva se articula con la definición del objeto de intervención del Trabajo Social, entendido como una construcción histórica-social determinada por las condiciones materiales y simbólicas que producen desigualdad y sufrimiento social (Mallardi, 2014; Oliva & Mallardi, 2012). En este sentido, las dimensiones que se abordan en la intervención permiten trabajar tanto sobre las condiciones objetivas (materiales), tales como las estructuras institucionales, las políticas públicas, los marcos jurídicos, las condiciones de acceso al trabajo, la vivienda y la salud, que conforman el entramado socioeconómico donde se producen y reproducen las desigualdades, como sobre los aspectos subjetivos, culturales y relacionales (no materiales) que configuran el modo en que los varones experimentan y reproducen la masculinidad - como las prácticas violentas, los vínculos deteriorados, las redes sociales empobrecida y sobre los aspectos subjetivos, culturales y relacionales que configuran el modo en que los varones experimentan y reproducen la masculinidad.

Capas del sujeto: dimensiones que tensionan el cambio

Se abordan cinco dimensiones, concebidas no como compartimentos estancos, sino como planos entrelazados que expresan la complejidad de las trayectorias masculinas atravesadas por la intervención, reconociendo la diversidad de respuestas que emergen según la particularidad de cada experiencia. Garda Salas y Bolaño Ceballos (2012) proponen un modelo multidimensional que permite esta lectura integral, al reconocer la multiplicidad de planos desde los cuales se manifiestan y sostienen las violencias. Las cinco dimensiones que estructuran este abordaje son:

Cognitiva: Esta dimensión apunta a la identificación y problematización de las creencias, ideas y sentidos comunes que justifican o minimizan la violencia. Se trabaja a partir del análisis de discursos, mitos y racionalizaciones frecuentes —como la noción de

propiedad sobre la pareja o la idea de "falsas denuncias"—, promoviendo una lectura crítica que habilite nuevas formas de interpretar las relaciones de poder y los vínculos afectivos.

Conductual: Se centra en el reconocimiento explícito de actos violentos ejercidos y en la toma de conciencia sobre sus consecuencias. Aquí se busca cortar con la disociación entre la acción y sus efectos, promoviendo estrategias de regulación de la conducta, manejo de impulsos, y aprendizaje de habilidades para la resolución de conflictos sin recurrir a la violencia. La repetición, el relato de situaciones cotidianas y el análisis de casos reales permiten elaborar colectivamente alternativas a las respuestas violentas.

Emocional: Esta dimensión habilita el reconocimiento y la expresión de emociones que muchas veces permanecen reprimidas por los mandatos de la masculinidad tradicional (como el miedo, la tristeza o la vulnerabilidad). Se trabaja en torno a la legitimidad de sentir y expresar, desarmando la asociación entre masculinidad y dureza emocional. El fortalecimiento de recursos psicoafectivos constituye una condición fundamental para el cambio.

Corporal: La violencia también se manifiesta —y se anticipa— en el cuerpo. En este plano, se aborda la conciencia corporal como herramienta de prevención y autoconocimiento. Se trata de identificar señales físicas previas al acto violento (tensión muscular, ritmo cardíaco, tono de voz, etc.) para activar mecanismos de autorregulación. El cuerpo, muchas veces vivido como instrumento de imposición o defensa, se resignifica aquí como espacio de cuidado y autolimitación.

Histórico-cultural: Se propone revisar críticamente la socialización masculina y los mandatos patriarcales incorporados desde la infancia. Este análisis incluye la reconstrucción de historias familiares, experiencias escolares, vínculos comunitarios y consumos culturales que formatearon una forma de "ser varón" basada en el control, la negación de lo femenino, la competencia y la negación del sufrimiento. Esta dimensión permite contextualizar la subjetividad del varón, no para justificar la violencia, sino para comprender las condiciones de posibilidad de su reproducción.

Estas dimensiones se trabajan en espacios grupales mediante dinámicas participativas, escucha activa, confrontación respetuosa de los discursos, role playing, herramientas visuales, dinámicas corporales y ejercicios de reflexión colectiva, donde la palabra circula horizontalmente, partiendo del presupuesto freiriano de que la palabra compartida es una

práctica liberadora. Su abordaje simultáneo y articulado permite tensionar las certezas, abrir preguntas y construir caminos posibles hacia formas más igualitarias, empáticas y responsables de ser varón. La grupalidad no solo permite el intercambio de experiencias, sino que funciona como un espejo donde los participantes pueden reconocerse, cuestionarse y ensayar formas alternativas de vinculación, siendo el conflicto sociocognitivo que fluye en esos encuentros el puntapié inicial en la deconstrucción de las propias creencias. Los grupos permiten alojar la contradicción, visibilizar resistencias y acompañar procesos de responsabilización.

Desde su concepción se asume que la grupalidad no es solo un dispositivo metodológico, sino un espacio ético-político que habilita la problematización del mandato de masculinidad hegemónica: el grupo funciona como escena social donde el sujeto puede desmontar sus certezas, reconfigurar sus prácticas y ensayar nuevas formas de habitar el conflicto. Esta perspectiva ha sido construida colectivamente por el equipo técnico, inspirada tanto en nuestra experiencia de campo como en los marcos teóricos que orientan el enfoque de género y derechos humanos en el trabajo con varones.

Desde el Trabajo Social, esta estrategia responde al desafío de intervenir en la complejidad, reconociendo que el sufrimiento no es sólo efecto de carencias materiales, sino también de tramas simbólicas, mandatos internalizados y vínculos desiguales que condicionan las posibilidades de agencia de los sujetos. Por ello, trabajar en estas dimensiones no sólo contribuye al cambio individual, sino que permite disputar sentidos y desmontar estructuras de poder que sostienen las violencias (Oliva & Mallardi, 2012).

Lo que nos devuelven los datos: perfiles, patrones y persistencias

Uno de los ejes fundamentales del dispositivo de abordaje de masculinidades en el CIV de Villa María fue aprovechar la oportunidad de organizar el dispositivo vinculando la intervención con la producción de un conocimiento científico situado. En este sentido, el dispositivo no se limita a ser un espacio de intervención directa, sino que también se constituye como un espacio de construcción de saberes críticos, al servicio de políticas públicas más integrales y transformadoras (De Souza Santos, 2009).

En articulación con el Centro Estadístico Municipal, se desarrolló un sistema de carga y registro de casos con certificación de datos, que permite legitimar la información recabada y asegurar su trazabilidad. Este dispositivo no solo fortalece la evaluación interna del

programa y la toma de decisiones estratégicas, sino que además genera información pública que alimenta al Observatorio Municipal de Violencias y puede ser utilizada por investigadores, investigadoras e investigaciones en curso. Así, la intervención se inscribe también en una dimensión de producción de conocimiento accesible, situada y con vocación transformadora.

La información relevada en el período 2024-2025², sobre una muestra de 168 varones, permite identificar patrones estructurales, afectivos y culturales que inciden en el ejercicio de la violencia y en las posibilidades de cambio subjetivo. En lo vinculante a la formación, el 50.7 % de los usuarios no completó el nivel secundario, y el 70% se encuentra débilmente insertado en el mercado laboral. Solo el 21,3% cuenta con empleo formal, lo cual visibiliza trayectorias atravesadas por la precariedad y la exclusión. Estas condiciones estructurales conforman parte de lo que el Trabajo Social define como dimensión material del objeto de intervención (Oliva & Mallardi, 2012), es decir, la organización social concreta que incide en la reproducción de desigualdades. A esto se suma que el 65% no posee cobertura médica y el 45% no participa de ninguna práctica comunitaria y/o religiosa, lo que expresa una desvinculación institucional que repercute en los procesos de socialización secundaria y redes de apoyo.

En el plano de lo subjetivo, se destaca que el 42,6% de los varones refieren haber atravesado experiencias de negligencia parental durante su niñez. Esta carencia de afecto, atención y validación por parte de figuras parentales tiene consecuencias profundas en el desarrollo del apego y la empatía (Fonagy, 2004). Asimismo, el 41,24% vivió abandono parental, en su mayoría por parte del padre (23,16%). La ausencia paterna, en tanto referente simbólico, suele compensarse con la adopción de modelos masculinos rígidos asociados al control y la violencia (Connell, 1995; Segato, 2016).

Por otra parte, el 72% creció en hogares con violencia psicológica, el 49,7% fue víctima de violencia física y el 11% sufrió algún tipo de abuso sexual. Estas cifras evidencian cómo las violencias son transmitidas intergeneracionalmente y forman parte de un entramado cultural que legitima el castigo físico como forma de disciplinamiento. Según Bourdieu (1999), estas experiencias configuran un "habitus de la dominación", internalizado y naturalizado en edades tempranas. La convivencia con adultos con consumos problemáticos,

² Hasta el 30 de junio de 2025.

lo que se presenta en el 40% de los entrevistados, refuerza entornos de inestabilidad emocional y negligencia estructural.

Desde una lectura psicosocial, se identifican otros indicadores de padecimiento subjetivo: 14% manifiesta ideación suicida con planificación a lo largo de su vida y sin planificación en el 20%, en tanto en el último año ese dato es inferior (8,9 % y 11,8 % respectivamente), y el 9,5% de los entrevistados reconoce intentos suicidas previos. Estos datos alertan sobre la relación entre los modelos de masculinidad hegemónica, el silenciamiento emocional y la autoagresión (Courtenay, 2000). Respecto del consumo problemático de alcohol u otras sustancias, sólo se registra en el 20,1 % de los entrevistados, dato que desmitifica la vinculación de la violencia con las adicciones tan difundidas. Tal como advierte Hercovich (1994), vincular automáticamente violencia con consumo de sustancias actúa como un mecanismo de justificación social, que diluye la responsabilidad del agresor y desplaza la mirada desde las relaciones de poder hacia factores circunstanciales.

En cuanto a los vínculos con la persona denunciante, el 85,2 % refiere que la denunciante es una relación de pareja (actual o pasada), mientras que el resto corresponde a vínculos familiares o sociales. Este dato permite pensar cómo las violencias se ejercen, mayoritariamente, en el ámbito de lo íntimo, donde se despliegan dispositivos de control, apropiación y disciplinamiento del otro (Segato, 2016). El 85,4 % reconoce haber vivido un último año previo a la denuncia atravesado por numerosos conflictos y el 67,2 % refiere separaciones previas. Se advierten en el 76,4 % de los entrevistados fuertes mandatos de masculinidad y familia tradicional.

Respecto del historial del vínculo se identifica a lo largo de la relación las diferentes violencias ejercidas: el 89,3% reconoce haber incurrido en violencia psicológica, el 43,2% en violencia simbólica, el 50,9 % violencia física y el 50,3 % violencia ambiental. El 8,9% reconoce violencia sexual y el 9,3 % reconoce episodios de violencia durante el embarazo de su pareja. De igual manera, se advierte que el 49,7% ejerció violencia de tipo económica. Un 63,9 % reconoce que se incrementó la violencia ejercida en el último año y el 38,7 % cuenta con denuncias previas, reconociendo el 16,6 % de los entrevistados haber incurrido en incumplimiento de las medidas de restricción. Como señalan Garda Salas y Bolaño Ceballos (2012), la violencia psicológica suele ser la más extendida, actuando como antesala de otras formas más explícitas. Su carácter menos visible la hace persistente y difícil de desarticular

sin una intervención específica y prolongada, considerando que el 65,7 % reconoce, pero minimiza los hechos denunciados y los indicadores de violencia a lo largo del vínculo.

Desde el Trabajo Social, esta información no se reduce a una caracterización estadística, sino que permite comprender cómo se entrelazan las condiciones estructurales con las matrices culturales que configuran las masculinidades violentas. Sistematizar estos datos permite orientar intervenciones que promuevan la responsabilización, pero también la reconstrucción subjetiva desde una perspectiva reparadora, ética y transformadora (Mallardi, 2014).

Politizar la intervención: notas finales desde el Trabajo Social

Los datos presentados en este escrito reflejan que la violencia ejercida por varones no puede comprenderse ni abordarse únicamente desde una perspectiva individual o conductual. Por el contrario, dan cuenta de cómo la desigualdad estructural, la precariedad, la desprotección afectiva y la naturalización de la violencia conforman un entramado complejo que condiciona los modos de ser varón en nuestra sociedad. Esta constatación empírica, habilita una lectura sentipensante (Fals Borda, 1985), que articula el análisis riguroso de los datos con la sensibilidad ética de quienes los interpretan desde una praxis profesional comprometida. En este marco, el Trabajo Social no busca únicamente modificar conductas o gestionar recursos, sino también disputar sentidos, abrir posibilidades de reparación simbólica y promover nuevas formas de habitar lo masculino, desde el respeto, la responsabilidad y el cuidado (Mallardi, 2014).

La información recogida sobre las trayectorias de los varones permite situar la intervención en un cruce entre historia personal y estructura social. La reproducción de la violencia no puede leerse sin considerar la negligencia emocional sufrida en la infancia, las carencias materiales persistentes o la desvinculación institucional de los varones que llegan al dispositivo. Es decir, la sistematización, en tanto ejercicio reflexivo colectivo, potencia la capacidad del equipo para comprender estas tramas y construir estrategias contextualizadas de acompañamiento, con base en la teoría y la escucha situada.

Por ello, la sistematización, como práctica política y epistemológica, se constituye aquí en una herramienta fundamental. Nos permite leer la experiencia no como una suma de casos, sino como un campo de conocimiento situado (De Souza Santos, 2009) que interpela las políticas públicas, los marcos normativos y los modos tradicionales de intervención. Así,

al registrar, organizar, analizar e interpretar los datos producidos en el dispositivo, generamos insumos valiosos para transformar no sólo nuestras prácticas profesionales, sino también las respuestas estatales frente a la violencia de género.

La articulación del CIV con las políticas sociales locales expresa un esfuerzo por transversalizar la perspectiva de género y derechos humanos en el entramado institucional, desafiando las fragmentaciones históricas entre lo comunitario, lo sanitario, lo educativo y lo judicial. En otras palabras, este esfuerzo por una política pública integral se potencia cuando las decisiones no se toman únicamente desde la gestión, sino también desde la lectura crítica del territorio, desde la escucha activa de las trayectorias y desde el compromiso ético de los equipos profesionales. Por ello el dispositivo del Centro Integral de Varones de Villa María constituye una experiencia valiosa no sólo por los procesos subjetivos que habilita, sino también por su capacidad de incidir en las formas en que el Estado asume su responsabilidad frente a las violencias.

Esta es una escritura con otros: una lectura coral de la práctica, donde lo vivido no solo se recupera, sino que se transforma en territorio fértil de sentido, en semilla de futuro. Es decir, la sistematización que aquí compartimos es también una apuesta política: visibilizar lo que el hacer transforma, nombrar lo que suele quedar en las sombras, abrir preguntas que incomoden y nos obliguen a desarmar certezas heredadas.

Porque intervenir en las violencias no es solo acompañar a otros: es también revisar lo propio, poner en jaque nuestras formas de habitar el mundo, nuestras palabras, nuestros silencios. En consecuencia, la construcción de masculinidades más igualitarias no es obra de iluminados ni de voluntades individuales, sino una responsabilidad colectiva, un gesto ético que interpela al Estado, a las instituciones, a las comunidades y a quienes elegimos habitar el Trabajo Social como trinchera de cuidado y justicia.

Desde este oficio que es también abrazo, memoria y horizonte, esta escritura es una invitación a seguir haciendo camino. En conclusión, nos invita a sostener prácticas que no se resignen al deber ser, sino que construyan otras formas de estar, de mirar, de nombrar, porque cada intervención puede ser una grieta en el muro y en cada grieta, florecer la posibilidad de otro mundo.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- De Souza Santos, B. (2009). *Una epistemología del Sur*. México: CLACSO - Siglo XXI Editores.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinidades*. México: Paidós.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241-1299.
- Fals Borda, O. (1985). *Conocimiento y poder popular: lecciones con campesinos colombianos*. Bogotá: Siglo XXI.
- Ferreya, A. Rodríguez, M. (2024). Centro Integral de Varones de Villa María, programa inicial. Manuscrito inédito. Municipalidad de Villa María.
- Fonagy, P. (2004). *Affect regulation, mentalization and the development of the self*. London: Karnac.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva.
- Garda Salas, R., & Bolaño Ceballos, F. (2012). *Masculinidades en conflicto: herramientas para el trabajo grupal*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Hercovich, I. (1994). *Del silencio al grito: violencia contra la mujer*. Paidós.
- Mallardi, V. (2014). *Planificación estratégica y trabajo social*. Córdoba: Brujas.
- Matus, C. (1987). *Política, planificación y gobierno*. México: Siglo XXI.
- Oliva, A., & Mallardi, V. (2012). *Intervención y planificación social: perspectivas críticas*. Córdoba: Brujas.
- Pérez, V. (2021). La interseccionalidad como recurso heurístico en las ciencias sociales. *Revista Crítica Contemporánea*, 7(13), 334-349.

Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres. Notas sobre la 'economía política' del sexo. En Lamas, M. (Ed.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 35-78). México: PUEG.

Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Segato, R. (2018) *Contra Pedagogías de la Crueldad*. Buenos Aires. Edit. Prometeo.

https://cloud-snic.minseg.gob.ar/Informes/SAT/SAT%20SS/Informe_Suicidios_2023.pdf

https://cloud-snic.minseg.gob.ar/Informes/SNIC/Informe_SNIC_Nacional_2024.pdf